ALGUNAS TARDES CON ALEJANDRO ROSSI

CONVERSACIONES, ENSAYOS Y APUNTES

Adolfo Castañón

Colección Testimonios

EL COLEGIO DE MÉXICO

ÍNDICE

Advertencia en forma de carta 9

TRES CONVERSACIONES DE ADOLFO CASTAÑÓN CON ALEJANDRO ROSSI

Primera conversación (1982) 13
Segunda conversación (1996) 43
Tercera conversación (2001) 75

ENSAYOS Y APUNTES

Alejandro Rossi: la voz del espejo 83
Alejandro Rossi: Diccionario de la espuma 93
Alejandro Rossi: un edén necesario 101
Preludio encontrado en la selva del recuerdo 107
¿Por qué escribe literatura un filósofo? 109
Si madre de mi fe mi ciencia fuese 117
A treinta años de *Manual del distraído* de Alejandro Rossi 123
Una figura plural: tributo a Alejandro Rossi 129
Oración fúnebre por Alejandro Rossi (1932-2009) 137

Bibliografía de Alejandro Rossi 141
Fuentes y referencias de Adolfo Castañón sobre Alejandro Rossi 159

Índice de nombres 161

ADVERTENCIA EN FORMA DE CARTA

Querido Alejandro:

Desde que te conocí hace muchos años, a principios de 1975, supe que terminaría haciendo un libro sobre ti. No esperaba que fuese tan pronto. Siempre se piensa que el mañana no es ningún día y como que vive uno ignorando la fecha del límite. Ahora me tienes poniendo una advertencia a las conversaciones que sobrevivieron al naufragio del tiempo, en parte gracias a tu generosidad, en parte merced a la idea fija y tenaz de salvar para el lector que ahora tiene este libro en sus manos algo del milagro de tu fulgurante palabra. Los diálogos, las entrevistas se distribuyeron a lo largo de los años: la primera se dio en el Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras de la Universidad Nacional Autónoma de México allá por 1987; la segunda derivó de la transcripción aguerrida de una plática que sostuvimos entre ambos para Radio Universidad, en varias sesiones durante el año de 1996; la tercera en fin —como quizá recuerdes— me la dictaste, ésa es la palabra, para el libro *A treinta años de Plural* publicado por el Fondo de Cultura Económica en el año 2000. Como verás siguen mis apuntes, ensayos y prosas diversas que han buscado acompañar tus letras y, en cierto modo, prolongar aquellas largas y morosas conversaciones que sostuvimos en tus casas, en la casona de tus suegros en la colonia Las Águilas, en la de Abundio Martínez (muy cerca de una pequeña glorieta tan afín al espacio mental suscitado por tus letras no siempre distraídas) y en la última, en una empedrada calle de San Ángel adonde llegaban los ecos de los pájaros buscando abrigo nocturno. ¿No es paradójico que de la misma manera que tus restos descansan ahora en una discreta urna, tus letras por el contrario anden vagando inquietas y traviesas por el mundo más allá de las fronteras de nuestro idioma? Ahora el lector es el único juez: a su justicia y a su misericordia se encomiendan estas páginas cuya publicación ha sido posible

gracias a la generosidad de El Colegio de México, institución con la que tuviste lazos desde tu llegada aquí hasta llegar a ser miembro de su Junta de Gobierno, y de tu querida esposa Olbeth.

México, D. F., 18 de febrero de 2010.

TRES CONVERSACIONES DE ADOLFO CASTAÑÓN CON ALEJANDRO ROSSI

PRIMERA CONVERSACIÓN
(1982)

La primera imagen que tengo de Alejandro Rossi es la de la fotografía que ilustra la contratapa de la primera edición de su libro *Lenguaje y significado*. La figura que ahí aparece es la de un hombre que se encuentra hondamente concentrado en su lectura y que de pronto se topa con un giro o una frase que lo hace, por decir así, saltar de su asiento, preparar en la boca el hueco de la exclamación, alzar ligeramente los brazos que sostienen el misterioso volumen. Había en esa imagen yo no sé qué de incisivo y magnético. Más tarde, pasados los años, me encontraba en las oficinas de la revista *Plural* —sí, la buena— corrigiendo unos cartones en compañía de una amiga —Ana María [Cama]—[1] que mitigaba los rigores de la tipografía con travieso buen humor. Repentinamente, oigo a mis espaldas una voz, envuelta con cierto descuido en un entre irónico y *nonchalant*, desidioso más que negligente, retintín. Era Alejandro Rossi. La primera impresión que tuve al observarlo fue ambigua o, más bien, registraba, recordaba en él cierta ambigüedad: ese tipo simpático y afectuoso transformaba con la intensidad de su presencia el lugar. No se le había escapado nada de aquel escritorio: ni su escrupuloso desorden ni el estado de ánimo de los que estábamos a su alrededor, ni siquiera los matices imperceptibles de la voz. Pero, al mismo tiempo, su figura elegante, cuidadosamente informal, parecía estar en otro lado, con no menos lucidez e intensidad.

En aquella foto donde yo lo había visto por primera vez, Alejandro Rossi parecía en cierto modo magnetizado por el texto que tenía entre las manos. Ahora era él el que me magnetizaba. Yo no lo había leído mucho

[1] Ana María Cama Villafranca (1943), hermana de Alba C. de Rojo e hija de Alba Villafranca de Cama. Correctora y coordinadora editorial de la revista *Plural* dirigida por Octavio Paz en su primera época (1971-1976). Colaboró con Graciela Bayúgar en la organización del Catálogo Histórico del Fondo de Cultura Económica (1975).

pero a los pocos momentos de conocerlo ya le tenía cierto afecto. Y me puse a leerlo. Desde entonces no he dejado de hacerlo.

Adolfo Castañón: Alejandro, cada uno es el fruto de un árbol genealógico, ¿podrías hablarnos tú de ese árbol, de las raíces maternas y paternas?

Alejandro Rossi: Sí, yo tengo una particular suspicacia ante este tipo de preguntas personales, pero aquí voy a responder:

Yo nací en Florencia, Italia; mi padre es florentino y mi madre venezolana. Quizá el hecho importante de esta doble vía sea una especie de bilingüismo básico en el que yo me moví desde que tengo recuerdos. Quizá la verdad sea que mi primer idioma sea el italiano, así me lo han dicho. Pero desde que yo tengo memoria estoy hablando en español. Este bilingüismo básico me persiguió durante los primeros diez o doce años de mi vida y como nosotros hicimos muchos viajes de Italia a Sudamérica había una especie de constante adaptación en uno y otro idioma. Yo iba, por ejemplo, de vacaciones a Venezuela, y al cabo de estar allí un par de meses, regresábamos en unos espléndidos y largos viajes en barco. Los barcos eran italianos. Me acuerdo de *El Horacio* y *El Virgilio.* Allí siempre había un par de días, en los que yo tenía que adaptarme al idioma de nuevo, al italiano. Sucedía lo mismo cuando llegaba a Venezuela. Mezclaba un poco palabras. Siempre me veo haciendo de niño, un cierto esfuerzo de acomodo a uno y a otro, como si me obligaran constantemente a hacer ese esfuerzo, y yo creo que de alguna manera lo resentía un poco. Cuando ya estaba cómodo en uno, tenía que pasar al otro y viceversa.

Mi rama italiana, la rama de papá, es una familia florentina. Mi abuelo paterno era un hombre que yo traté relativamente poco en mi infancia. Le tenía mucha distancia o él me la tenía a mí. Era un hombre impaciente con los nietos, industrial. Tenía fábricas. Pertenecía a una burguesía pudiente, lo mismo que la parte materna. Y era un hombre muy violento.

Un hombre violento, un hombre de cara roja, de cuello corto, que tenía una especie de furor inventivo. Recuerdo que mi padre me decía con una enorme admiración —porque él no era nada inventivo— que mi abuelo tenía ciento veinte patentes y que había sacado no sé qué premio en no sé qué exposición de Ámsterdam, en 1901 o en 1905. Era un hombre que siempre estaba produciendo objetos mecánicos e inventando cosas que a mí me parecieron bastante triviales, pero que a él lo divertían mucho.

Cuando muchos años después vi por primera vez a Heidegger,[2] curiosamente me trajo la imagen de mi abuelo, me recordó a aquel hombre cuellicorto y de venitas rojas aquí en los cachetes, que era mi abuelo. El abuelo, además, tenía entre sus pasiones y sus distracciones, llamémoslas así, ciertas manías. Por un lado, tenía algo de horticultor porque recuerdo que tenía él una gran casa, con un enorme jardín. Había una huerta que no se podía pisar. No se podía entrar ahí, había que verlo desde afuera. Por otro lado, era un hombre al que le gustaba diseñar jardines. Recuerdo que tenía en el fondo del jardín una especie de laberinto vegetal que llenó muchas tardes de mi infancia.

En cambio, el abuelo venezolano era totalmente distinto, era un hombre callado, bastante hierático, no tenía tantas habilidades manuales ni inventivas. Se dedicaba a la banca; siempre lo recuerdo muy elegante, un poco tieso, con trajes entallados con muchos botones. Tengo algunas imágenes recurrentes de estos dos abuelos en los primeros diez años de mi infancia. Por ejemplo, a mi abuelo el italiano le gustaban los automóviles, las motocicletas, las máquinas. En una época tenía entre otras cosas una motocicleta con *side-car*. Invitaba a mi otro abuelo, que era, insisto, muy serio y muy silencioso, a subirse en el *side-car*. A pesar de sus vacilaciones, casi lo metía a la fuerza dentro del *side-car* y le ponía uno de aquellos cascos de hule, que no eran cascos, sino que eran unos como sombreros de hule con grandes anteojos, entonces lo llevaba a velocidades espeluznantes por caminos laterales por las cercanías de Florencia. Recuerdo a mi abuelo el venezolano absolutamente tieso, probablemente muerto de miedo o rabiando de que lo obligaran a este tipo de cosas. Recuerdo muy bien aquellos anteojos.

Hablando aquí, minutos antes con Salvador Elizondo,[3] le estaba yo diciendo algo de esto. Recordábamos a un personaje célebre en aquellos

[2] Martin Heidegger (1889-1976), filósofo alemán, *Ser y tiempo* (1924), traducción al español de José Gaos, maestro de Alejandro Rossi, quien tomó un curso de especialización de tres semestres (1956-1957) en el seminario privado de este filósofo en la Universidad Albert Ludwig de Friburgo, Alemania.

[3] Salvador Elizondo (1932-2006), escritor mexicano, colaboró en las revistas *Plural* y *Vuelta*, dirigidas por Octavio Paz. Es autor de *Farabeuf* (1965). Asistió al curso de chino mandarín impartido por el profesor Y. S. Chu en El Colegio de México en el Centro de Estudios de Asia y África. Elizondo y Rossi compartieron la memoria de una infancia cosmopolita marcada por la experiencia de la guerra y los viajes, como puede comprobar el lector que contraste *Elsinore* y *Edén. Vida imaginada*. Elizondo escribió la introducción a "Cartas credenciales", discurso de ingreso de Rossi a El Colegio Nacional.

años, famoso corredor italiano llamado Tazio Nuvolari,[4] el gran Tazio Nuvolari que llenó también mi infancia. Mi hermano, que me lleva a mí cuatro años, me quería impresionar de niño hablándome de Tazio Nuvolari y para caracterizarlo decía: "Tazio Nuvolari, el del cráneo de platino". El del cráneo de platino, pues Tazio había tenido una serie de accidentes y parece que le habían parchado la cabeza, y por eso decía: "el del cráneo de platino". Esta idea del cráneo de platino de Tazio Nuvolari a mí realmente me parece maravillosa y está muy unida a las imágenes de los dos abuelos en el *side-car.*

Así que hay orígenes diversos. Por un lado, estos italianos, con habilidades en las manos; y, por otro, los venezolanos, más serenos, hombres de cierto carácter, aunque tropicales por geografía, más serenos, más estáticos. Y, en el fondo, más exclusivos, probablemente con una psicología todavía muy de caciques de nuestros países.

La familia venezolana es una familia que se hunde, pues, en los orígenes de la república. Quiero mencionar a mi tatarabuelo venezolano, que es el general José Antonio Páez,[5] que fue el primer presidente de Venezuela y un guerrero de la Independencia. Yo me siento muy orgulloso de él, no me pregunten por qué, porque en realidad no lo sé. Supongo que me gusta esta idea de que fuera un guerrero, de que haya peleado en la Independencia, de que haya tenido a aquellos llaneros a su mando.

A. C. Vamos a dejar atrás la genealogía y a preguntar por la infancia. En el *Manual del distraído,* Alejandro, hay varias vetas, tonos, escenas infantiles, se podría hablar de la presencia de un niño nómada, o en todo caso cos-

[4] Tazio Nuvolari (1892-1953), corredor, motociclista y automovilista italiano. Fue campeón de motociclismo en 1924 y 1926 y ganó muchos premios. Pasó luego a ser piloto de autos de carreras y campeón de Italia. El "mundo de los automóviles" y de sus hábiles pilotos al volante está presente en la infancia de Alejandro Rossi, como se asienta en *Edén. Vida imaginada,* FCE, México, 2006, p. 53.

[5] José Antonio Páez (1790-1873), militar venezolano, presidente de Venezuela, antepasado de Alejandro Rossi por vía materna. En *Edén,* Rossi lo evoca así: "El general José Antonio Páez era un héroe de la Independencia, había sido el primer presidente de Venezuela, lo llamaban 'El Catire' y estaba enterrado en el panteón junto a Bolívar", *Edén..., op. cit.,* p. 87. Durante muchos años, Alejandro Rossi llevó en su cartera un billete de veinte pesos venezolanos con la efigie de su antepasado.